

PLAGAS DEL APOCALIPSIS

Darío González Posso - Bogotá, 15 de marzo de 2020¹



Las nubes del atardecer dibujan a los *Cuatro Jinetes del Apocalipsis*; quienes, según las profecías, traerán “unas plagas que se extenderán por toda la Tierra”... Cae sobre la *Metrópoli Capitalina* una lluvia oscura. Antes de la hora usual, el día se torna en noche. Al principio parece que el agua trae copiosas cenizas, transportadas por vientos huracanados, desde lejanos bosques en llamas. Empieza como lluvia menuda, pero poco a poco arrecia y cubre el cielo. Con las gotas de agua empiezan a caer unas formas extrañas. Los comercios y los edificios públicos, también las casas, poseídos por el pánico, cierran sus puertas y ventanas. La gente, que a esa hora en su mayoría sale de sus trabajos, o centros de estudio, apresurada busca refugio de esta lluvia en los gigantescos buses articulados de dos pisos, del transporte público: el “*Transmilenio*”. Las calles se encharcan y, quizás por esto, a los buses también llegan aquellas figuras misteriosas, que descienden con la lluvia y que al caer, poco a poco, cobran otra forma: la de millones de escarabajos diminutos, con tenazas amenazantes. La gente abandona los carros articulados o no los aborda. La alcaldía

¹ Borrador del 15 de marzo de 2020, ajustado en abril de 2021.

capitalina manda de inmediato a desinfectar los buses y las estaciones del transporte metropolitano, pero de aquellos bichos caen cada vez más. La lluvia es intermitente, pero no cesa. El Gobierno Metropolitano declara la *alerta roja* y la *emergencia sanitaria*.

“Parece que de nuevo he tenido otro de mis acostumbrados sueños delirantes”, dice para sí nuestro personaje, antes de ir al baño para aliviar sus intestinos. Regresa a su cama, duerme de nuevo, pero ahora le parece escuchar en la radio –encendida toda la noche para espantar la soledad-, la voz de la Burgomaestre capitalina que anuncia un *Plan de Contingencia* para realizar con mayor rigor, ahora con venenos más poderosos, la fumigación y el lavado cotidianos del transporte colectivo. También cree escuchar a otro mandatario, el de un país vecino, quien –aconsejado por *un pajarito* que a diario lo visita-, directamente al aire le dice: “Más allá de las diferencias ideológicas, esta es una situación humanitaria y necesitamos coordinar de Gobierno a Gobierno y acordonar toda la frontera para proteger a los dos pueblos hermanos. Lo insto a actuar mancomunadamente, como están haciendo todos los Estados y todos los gobiernos del mundo, contra lo que parece ser una pandemia transmitida por escarabajos”.

También oye, o cree oír, que la Burgomaestre advierte a la gente que, si no son atendidas las recomendaciones del *Plan de Contingencia* -como no salir de sus casas, a menos que se trate de motivos excepcionales-, “la ciudad será cerrada y decretado el Toque de queda absoluto”. Nuestro personaje piensa que –de ser real todo lo que sueña o cree soñar-, lo mejor será desocupar la ciudad; pero decide no comunicar a nadie por el momento esta idea que le parece “genial”. Sueña que llama a su edecán para dictarle, en cambio, un Decreto Ejecutivo: “El Gobierno Nacional prohíbe a partir de hoy, y en toda la República, aglomeraciones masivas, como protestas, bloqueos, marchas y cacerolazos”; ordena a los empleados del Estado trabajar por internet desde sus casas; manda a cerrar por un año -“prorrogable siempre y cuando la economía no se vea afectada”-, todas las fábricas, escuelas, colegios y universidades; dispone que las clases sean dictadas a través de medios virtuales y videoconferencias. Anuncia reformas económicas -según dice-, para paliar la crisis. Entre “gallos y medianoche”, cree escuchar en la radio que los dirigentes de las centrales sindicales y los jóvenes de las barriadas, responden que –“en acatamiento a las órdenes gubernamentales”-, no organizarán manifestaciones callejeras, sino *video paros* y *video protestas* contra aquella reforma tributaria denunciada como antisocial; advierten sin embargo que la gente se asomará, con cacerolas y banderas, a gritar por las ventanas de sus casas... “Al menos por el momento”, escucha que enfatizan. No alcanza en su sueño alucinado a vislumbrar los disturbios, bloqueos y barricadas que podrán llegar más tarde; se siente seguro con la “conmoción interna” declarada y con la Policía Antimotines acuartelada y amenazante.

Sueña que, gracias a todas estas prescripciones, acatadas fielmente por la ciudadanía, las autoridades sanitarias le dan finalmente un parte de victoria, según el cual, a pesar de un crecido número de personas contaminadas pero “oportunamente atendidas”, no se han

registrado muchos casos fatales causados por la mordedura de los temibles y venenosos escarabajos; que estos ya han sido exterminados por los servicios del aseo público; que no hay ni uno más en los transportes municipales en toda la República; incluido el Transmilenio, donde habían establecido sus guaridas, de las cuales, a falta de suficientes víctimas durante el día, salían en las noches a recorrer las calles solitarias en procura de eventuales “contraventores de la ley”, de extraviados noctámbulos borrachos que buscan el barrio de las putas, o de habitantes de la calle que deambulan drogados, como *zombis*, sin ningún rumbo, que finalmente rendidos se refugian debajo de algún puente, o en las alcantarillas, donde fueron presa fácil...

Sueña nuestro personaje que toda esta pesadilla felizmente ha terminado, que la lluvia oscura e intermitente de muchos meses por fin amainó; que gracias a su autoridad esclarecida la crisis ha sido conjurada; que él finalmente ha declarado un “día de fiesta nacional”, mediante un discurso emocionado, precedido por aquel himno que anuncia: “Oh gloria inmarcesible, cesó la horrible noche”. En su delirio, se ve aclamado por las multitudes... y siente que levita.

Epílogo.² Pero en este preciso momento, cuando aquella mañana despierta del todo, después de este sueño intranquilo, aunque con final feliz, “*se encuentra sobre su cama convertido en un monstruoso insecto. ¿Qué me ha ocurrido?, piensa*”. Ya no es un sueño. “*Su habitación, una auténtica habitación humana, permanece tranquila entre las cuatro paredes harto conocidas*”, aunque esa mañana ya no encuentra a su esposa a su lado. Ella ha retornado hace una semana, con sus hijos, a la casa particular de la familia, cansada quizás por las frecuentes alucinaciones y delirios del marido. Dirige él su mirada hacia la ventana, observa que esa mañana luminosa se torna en noche, con una lluvia oscura.

No llega puntual a la reunión. En una sala del Palacio de Gobierno, en medio de una galería de retratos de Padres de la Patria, no lejos de su alcoba, lo esperan los ministros y los altos mandos de todas las fuerzas armadas y de “seguridad” de la República, para discutir sobre la inminencia de un estallido social contra las políticas de su gobierno y sobre un nuevo escándalo por rumores que parecen venidos del averno; según los cuales, para ganar su elección presidencial, tras bambalinas influyó con su dinero sucio el mismísimo Satanás, como ocurrió con sus predecesores. De uno de los retratos de la galería de la sala empiezan a salir centenares de pequeños escarabajos y una voz débil, que dice: “calumnias de la oposición, contra mi buen muchacho”.

Su edecán convence al consejo de ministros de ir a buscarlo “*debido a su inusual retraso*”. El protagonista de esta historia “*hace un gran esfuerzo por abrir la puerta*” de su alcoba y, entonces, los miembros de su gabinete de gobierno se percatan de su nueva forma: “*la de un enorme escarabajo*”.

² Las frases en cursiva y entre comillas de este “epílogo”, adaptadas, son de “*La Metamorfosis*”, de Kafka.